

Apuntes para pensar el territorio desde una dimensión social

Notes on how to think about territory from a social dimension

Luciano Martínez Valle¹
lmartinez@flacso.org.ec

Resumen

En este artículo se discute sobre la importancia de visibilizar la dimensión social en la noción de territorio actualmente en boga en las ciencias sociales en América Latina. El consenso actual sobre la dinámica territorial como un proceso de construcción social requiere de un análisis de las estrategias desplegadas por los actores y grupos sociales, en un específico campo social. Las políticas públicas deberían considerar esta compleja dimensión social si lo que se busca finalmente es consolidar procesos inclusivos que beneficien a los grupos y clases sociales menos favorecidas. Desde esta perspectiva, se considera importante analizar los procesos de gobernanza como espacios de construcción de propuestas colectivas y no simplemente el diseño de estrategias orientadas a evitar el conflicto social.

Palabras clave: territorio, campo social, mercado, gobernanza.

Abstract

This article discusses the importance of highlighting the social dimension of the notion of territory which is in vogue today in the social sciences in Latin America. The current consensus about the concept of territory as a process of social construction requires an analysis of the strategies utilized by social groups and actors within a specific social field. Public policies should consider this complex social dimension if the objective is the consolidation of inclusive social processes that can benefit less disadvantaged social groups and classes. From this perspective, it is important to analyze governance processes as spaces for the construction of collective proposals rather than simply as strategies designed to avoid social conflict.

Key words: territory, social field, market, governance.

¹ Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro, Casilla 17-11-06362, Quito, Ecuador.

Introducción

El concepto de territorio originalmente utilizado en el ámbito de la geografía ha empezado también a ser usado con más frecuencia en el conjunto de las ciencias sociales (sociología, economía, antropología) de tal forma que poco a poco ha venido a convertirse en un concepto polisémico que tiende a aplicarse indiscriminadamente en el análisis de los procesos de desarrollo a nivel local o territorial.

Este concepto actualmente recuperado en las ciencias sociales no se limita únicamente a la dimensión geográfica o al espacio, sino que incluye otras dimensiones como la económica, social, ambiental y organizativa. La ampliación del concepto de territorio tiene mucho que ver con la crítica a una visión tradicional de corte geográfico y más tarde economicista que solo consideraba los recursos naturales y su valorización. Así, mientras los economistas se concentraron en una dimensión "incrementalista" medida a través del crecimiento del PIB, que constituía, como señala Davezies, "en el objeto de un verdadero fetichismo que monopoliza el escenario del desarrollo económico regional o local" (2008, p. 9), los geógrafos continuaban a utilizarlo muy vinculado a la noción de "espacio" que es la base a partir de la cual se puede construir un territorio.² No obstante, desde la perspectiva geográfica, es importante la recuperación que hace Milton Santos del concepto de "espacio banal", planteado originalmente por François Perroux, para insistir en la necesidad de concebirlo principalmente como espacio de "horizontalidades" que a nivel local significa el predominio de una lógica de vida solidaria o común que puede oponerse a una lógica externa de "verticalidades" impuesta desde fuera a través de la acción de las empresas globales (Santos, 2005). Igualmente, al referirse al orden local por oposición al orden global, señala: "Sus parámetros son la co-presencia, el vecindario, la intimidad, la emoción, la cooperación y la socialización como base de la contigüidad" (Santos, 1995, p. 133).

La noción de territorio propuesta por Pecqueur de "entidades socio-económicas construidas" implica superar la visión geográfica e incorporar la dinámica social que permite nuevas ideas y soluciones a nivel local:

[...] el territorio no es una escala geográfica de coordinación entre actores (escala infrarregional, cantonal...) sino una dimensión que se sitúa entre el individuo y los sistemas productivos nacionales. El territorio, es entonces más que una red, es la constitución de un espacio abstracto de cooperación entre diferentes actores con un anclaje geográfico para engendrar recursos particulares y soluciones inéditas (Pecqueur, 2000, p. 15).

Linck (2006a, p. 255), por su parte, lo define tanto como un espacio apropiado por los actores que facilita una construc-

ción colectiva y también "como un recurso productivo, manejado y valorado en forma colectiva". Igualmente, Leloup *et al.* (2005, p. 326) señalan que "el territorio se impone como una construcción social permanente en constante apropiación". Y, en otro ensayo más reciente, Pecqueur (2009, p. 56) señala explícitamente: "La apropiación por los actores se convierte en el certificado de nacimiento del territorio. Si bien no se puede deslindar el concepto de territorio del concepto de espacio, hay que puntualizar que se trata de un espacio pluridimensional que se construye a partir de una base económico-productiva determinada y de las estrategias desplegadas por actores ya sea en forma individual o colectiva.

En estas aproximaciones se puede detectar claramente la presencia de tres términos que son recurrentes en la noción de territorio: construcción-cooperación-apropiación. Son precisamente los actores sociales quienes construyen un territorio, para lo cual deben cooperar a fin de implementar proyectos colectivos y apropiarse de los recursos no solo naturales, sino también culturales (identitarios) y sociales existentes en el espacio.

De esta forma, la noción de territorio incluye la dimensión social como un espacio en que los actores construyen procesos sociales que permiten a su vez cuestionar determinadas relaciones de poder. Es, como lo señala Schneider, "una construcción social del espacio que ocurre de forma colectiva entre los individuos e instituciones que están en el territorio..." (Schneider y Peyré Tartaruga, 2006, p. 20). Estos planteamientos teóricos abren pistas importantes para reflexionar sobre el territorio desde una perspectiva más sociológica, una dimensión poco abordada en la ya importante literatura sobre el desarrollo.

En este artículo, se discute sobre la importancia de la dimensión social del territorio a través de una triple perspectiva: (a) la necesidad de analizar el territorio a partir del concepto bourdieusiano de campo social como campo de fuerzas, en donde toma sentido la disponibilidad de capital social; (b) abordar el proceso de construcción social del mercado desde las iniciativas enraizadas de los actores, en el campo social; (c) considerar a los procesos de gobernanza como una dinámica de construcción social y no simplemente de diseño de estrategias orientadas a evitar el conflicto social. Si bien en este artículo se privilegia la perspectiva sociológica y para ello se ha seleccionado una bibliografía pertinente, deja abierto el diálogo con otras disciplinas sociales en un tema como el territorio que en el contexto de los países andinos pasa rápidamente sin la suficiente discusión desde la academia a las políticas públicas.

La dinámica social del territorio

La utilización de la categoría "construcción social" del territorio se relaciona, entonces, con la necesaria inclusión de los actores sociales, pues de las estrategias de aquellos y de su grado

² Algunos autores, como Brunet, Ferras *et al.* señalan que "el territorio es al espacio lo que la conciencia de clase es a la clase, algo que se integra como parte de sí mismo, es decir, que estamos dispuestos a defender" (in Mazurek, 2006, p. 42).

de organización va a depender mucho la construcción de un territorio, su identificación y su valorización (Schneider y Peyré Tartaruga, 2006; Entrena Durán, 2009).

Desde el lado de la sociología, es interesante cotejar este acercamiento a la noción de territorio con la teoría del campo social de Bourdieu, especialmente porque permite visualizar las estrategias de los diversos actores y los conflictos y/o acuerdos entre ellos en función de la disponibilidad de capitales (económico, cultural, simbólico, social, etc.) en manos de los actores plurales. El campo social, en realidad, es el espacio en donde los actores sociales se ubican para implementar sus estrategias, que pueden ser cooperativas o competitivas, ya sea para conservar su posición adquirida en un determinado campo (normalmente las clases privilegiadas), o ya sea para cambiar su posición (las clases subalternas). Cuando se habla de construcción social del territorio, entonces, habría que considerar esta dimensión "relacional" de los actores que despliegan estrategias específicas de acuerdo a intereses vinculados con su ubicación en el campo social. Bourdieu (2001), en su definición de capital social, señala explícitamente dos elementos constitutivos: (a) la presencia de una red duradera de relaciones y (b) la existencia de relaciones de reconocimiento e interreconocimiento mutuos. Estas condiciones no están dadas simplemente porque se pertenece a una comunidad o a una organización, sino que exigen además estrategias de inversión para su conservación o para que sean "duraderas" en el tiempo. No es un atributo dado, sino que es un resultado construido. De esta manera, se puede perfectamente pertenecer a una organización sin disponer de una red importante y sin haber construido relaciones de reconocimiento e interreconocimiento. En este sentido, se puede hablar perfectamente de un proceso de "construcción de capital social" desde la formación de una red social, que puede partir del nivel personal, para avanzar hacia otros niveles de complejidad. Según Descheneaux y Laflamme (2009, p. 11), el reconocimiento se cumpliría en el primer nivel de la red, mientras que el interreconocimiento implica una red exterior a la cual se puede llegar gracias al acceso a una forma de capital reconocida o valorizada por alguien que pertenece a esa otra red. No deja de llamar la atención la similitud que tiene este planteamiento con la teoría de los lazos débiles de Granovetter (2000), que normalmente se ubican fuera de las redes sociales primarias (familia, parentesco, etc.), en otras redes que suponen la presencia de otros tipos de capitales (económico, simbólico, etc.) y que permiten "conectividades" nuevas, encontrar mejores trabajos o simplemente contactos que en sí mismos ya conforman un capital acumulado para ocasiones propicias.

Esta dimensión social viene a enriquecer la conceptualización de territorio que puede correr el riesgo de ser considerado únicamente como un espacio económico-geográfico donde hay que planificar bajo un modelo económico determinado (normalmente desde arriba) las estrategias de actores individuales o dónde hay que aplicar una "gobernanza" que busca principalmente eliminar los conflictos sociales (también desde arriba y muchas veces desde fuera) a través de acuerdos entre los diversos tipos de actores con el único objetivo de buscar metas de crecimiento económico.

Una conceptualización del territorio que incluya la noción de campo social permite sin duda, en primer lugar, una lectura más objetiva de los procesos que se han consolidado en el territorio, de aquellos que se frustraron y de aquellos que tienen una potencialidad futura. En efecto, muchos territorios se han construido con un denominador común basado en el conflicto, mientras que otros lo han hecho en base a procesos de cooperación entre actores.

En segundo lugar, se pueden visualizar las estrategias desplegadas no solo por los actores exitosos sino también por aquellos que no lo son. No hay que olvidar igualmente que la posición de los actores en el campo social es dinámica y que puede cambiar cuando las condiciones sobre las que se han construido determinados procesos también cambian. Esto puede suceder cuando la combinación entre la disponibilidad de diversos tipos de capitales y estrategias exitosas da lugar a procesos de movilidad al interior de una estructura social.

En tercer lugar, se visualizan los conflictos sociales que pueden generarse en diversos subcampos (cultural, étnico, económico, etc.), lo que permite también explicar la naturaleza del conflicto y su posible salida. Finalmente, permite captar la dinámica de los procesos de innovación que se desarrollan en el territorio, esto es, si se trata de procesos endógenos que son impulsados por actores locales, aprovechando recursos locales, en base a procesos de cooperación o de generación de empleo local, con una identidad territorial bien definida; o al contrario, se trata de procesos impulsados por actores locales o externos vinculados a estrategias de acumulación foráneas que valorizan solo los aspectos económicos (como sucede, por ejemplo, con la renovada estrategia de "enclave" implementada por las empresas mineras y agroexportadoras en varias zonas de América Latina).

Desde esta perspectiva, el capital social desempeña un rol central, sobre todo en territorios donde los actores subordinados no disponen de otros tipos de capitales, especialmente el económico. Pero no hay que caer en la tentación de pensar que el solo nivel organizativo ya es sinónimo de capital social. De hecho, hay numerosos territorios que disponen de un buen nivel organizativo y siguen siendo pobres. Es necesario mirar el capital social al menos en tres niveles: familiar, comunitario y organizativo. Es probable que el capital familiar se conserve, pero que en cambio no exista mucho capital social en los otros niveles. De todas maneras, un buen capital social familiar puede ser una palanca importante para impulsar otro tipo de estrategias, esta vez económicas que benefician a las familias. Si retomamos la teoría del campo social, estos actores subordinados pueden desplegar estrategias económicas o de otro tipo en base a su capital familiar y, si logran organizarse, pueden sin duda cambiar su posición en el campo social. Quiero destacar la importancia estratégica de este capital social familiar que lamentablemente no ha sido puesto de relieve en otros estudios. El caso contrario puede darse, cuando se desarticula el capital social familiar, como parece ocurrir en muchas comunidades indígenas de la región por efecto de la migración interna o la emigración internacional o por el efecto erosionador del mercado local. Entonces no hay

posibilidad de que estos actores puedan influir en las conflictivas relaciones del campo social, por más que pertenezcan a organizaciones formales, pues su peso en las estrategias desplegadas en el territorio será insuficiente para contrarrestar el peso económico y social de las clases privilegiadas y poder pensar en un modelo endógeno de desarrollo.

La necesaria inclusión de la dimensión social puede ayudar también a tener una lectura del territorio de corte histórico, pues los procesos que se dan no son de corto plazo, sino que acumulan experiencias desplegadas por los actores subordinados, muchas de las cuales han sido dejadas de lado, en situaciones en que el campo social estaba dominado por otros intereses, pero que pueden reactivarse en otras condiciones, como, por ejemplo, cuando el capital social disponible se ha conectado exitosamente con otros tipos de capitales y cuando las políticas públicas tratan de favorecer un modelo de desarrollo menos concentrado y desigual. Este proceso similar al que Hirschman (1988, p. 8) denominaba como recuperación de la "energía social", es decir, de las experiencias de acción colectiva, constituye un "activo social" importante que puede reactivarse cuando se presenten condiciones favorables en el territorio. No hay que olvidar que en los actores despliegan estrategias o proyectos de construcción territorial que tienen un anclaje en experiencias históricas anteriores que han sido procesadas para enfrentar los nuevos retos a los que se enfrentan en el territorio (Cassé y Granié, 2000).

Finalmente, procesos como la territorialización, desterritorialización y re-territorialización no pueden entenderse si no se considera la participación activa de los actores en la apropiación del territorio. Así, por ejemplo, los procesos de "desterritorialización" en el medio rural surgen, como lo menciona Entrena Duran (2009), cuando hay una desconexión entre "agricultura y territorio o entre agricultura y alimentación", lo que se cumpliría, en territorios de alta migración internacional, donde se puede encontrar incluso una alta "desertificación social" (territorios despoblados) o en territorios "invadidos" por el capital externo donde predomina la lógica del mercado internacional. En este último caso, "lo local se convertiría en una simple subdivisión del orden global" (Azam, 2009, p. 73). En cambio, en otros territorios, donde existe un buen nivel de capital social, pueden generarse procesos importantes de re-territorialización en base a la activa participación en proyectos colectivos o comunitarios (Schneider y Peyré Tartaruga, 2006). El desafío en este último tipo de territorios es, si la dinámica social puede transformarse en una de tipo político que pueda "relocalizar" las actividades, es decir, "recrear el territorio" en base a criterios de cooperación y de revalorización de lo local (Azam, 2009, p. 75).

La dimensión social del mercado

El mercado ha sido concebido como la "bestia negra" del capitalismo, causante de todos los males y de la destrucción del idílico mundo rural o precapitalista. Hasta ahora, muchos planificadores gastan energías buscando la forma de domesticar

a esta "fuerza destructiva" que erosiona a su paso todas las redes solidarias y formas organizativas basadas en la cooperación. Gracias a los trabajos de Polanyi (2004), ahora conocemos mejor que la institución del mercado capitalista es relativamente nueva, que tiene una dimensión histórica y que solo recientemente invadió todos los poros de la vida social. Como lo señala Pierre Bourdieu (1997, p. 49):

No es sino muy progresivamente que la esfera de intercambios mercantiles se separó de otros ámbitos de existencia y que afirmó su nomos específico (los negocios son los negocios); que las transacciones económicas dejaron de ser concebidas según el modelo de los intercambios domésticos, es decir, controladas por las obligaciones sociales o familiares y que el cálculo de las ganancias individuales, como el interés económico, se impuso como principio de una visión dominante, sino exclusiva (contra el rechazo a la disposición calculadora).

En economías abigarradas como las andinas, todavía el campo económico está coloreado por estos intercambios donde la reciprocidad, el don y el trueque están presentes. Pero no nos hemos preguntado ¿cuál fue la respuesta por parte de las comunidades y los actores sociales?; ¿cómo se las arreglaron para vivir en el mundo del mercado conservando sus modos de vida, su cultura y su historia? Para utilizar un concepto muy cercano a Polanyi (2004), ¿cómo procedieron estos actores para lograr que no se concrete el proceso de "desencastramiento" o "desraizamiento" de la economía respecto a la sociedad?

Los avances desde el lado de la sociología económica nos permiten elaborar algunas hipótesis que requieren ser verificadas con trabajos de campo, pero que nos permiten responder parcialmente a estas inquietudes.

- (a) La temprana presencia de espacios de mercado (ferias) en el medio rural, sin que esto haya significado necesariamente un proceso de "desencastramiento" en la economía regional y en el territorio. Al contrario, estos espacios no solo eran utilizados por los productores rurales para realizar transacciones de compra y venta, sino también para reactivar las redes sociales hacia dentro y hacia afuera, para recrear prácticas culturales tradicionales religiosas o profanas, en definitiva, para construir una dinámica social en un espacio que mirado desde fuera podría ser considerado como predominantemente económico. La temprana configuración de las "ferias campesinas" en el mundo andino, por ejemplo, muestra una faceta poco investigada desde la perspectiva de la "construcción social", es decir, de la abigarrada configuración de redes sociales y económicas fuertemente "encastradas" en el territorio, donde la dimensión económica existe pero subsumida en las relaciones sociales.
- (b) El importante papel jugado por actores sociales con suficientes habilidades para desarrollar actividades mercantiles "al alcance" de su economía. Con esta propuesta

nos acercamos al planteamiento de la "innovación social", según el cual es importante considerar "el desarrollo de las capacidades a escala regional y local" que supere el discurso económico para impulsar "las prácticas imaginativas, desde las funciones y los derechos propios a las iniciativas y comportamientos no capitalistas" (in Hillier *et al.*, 2004, p. 145). La innovación social consistiría, entonces, en recuperar y revalorizar todo un conjunto de prácticas económicas, culturales y sociales que se encuentran en cierto sentido invisibilizadas debido al prestigio que ha alcanzado el discurso predominante de la economía capitalista. En este sentido, solo una perspectiva que valore las redes de relaciones que se establecen, incluso en espacios aparentemente dominados por el mercado utilitario, permitirán visualizar las estrategias de actores moviéndose con su racionalidad en un espacio complejo, pero no completamente extraño a su cotidianidad. Así, por ejemplo, y nuevamente considerando el mundo rural, las mujeres se convierten en el mundo andino en las "emprendedoras del mercado" e incluso en el "cerebro contable" de las unidades domésticas, un tema por lo demás actual e importante en la investigación socio-económica del mundo andino.

- (c) La presencia de transacciones económicas y financieras basadas en la confianza que facilitan las operaciones en pequeña escala de los productores. En el mismo campo económico, como lo remarca Bourdieu (1997, p. 51):

La lógica del mercado no ha tenido jamás éxito en suplantar completamente los factores no-económicos en la producción o en el consumo (por ejemplo, en la economía del hogar, los aspectos simbólicos que permanecen muy importantes pueden ser explotados económicamente). Los intercambios no son jamás completamente reducidos a su dimensión económica y, como lo recuerda Durkheim, los contratos son siempre cláusulas no contractuales.

Gran parte del éxito de operaciones de crédito entre pequeños productores se debe a que con frecuencia se rompen las reglas de plazos, montos y modalidades de pago gracias a la presencia de relaciones de confianza, basadas a su vez en relaciones de reciprocidad, de solidaridad y o de parentesco que se convierten en la garantía del éxito de la operación que no habría podido concretizarse en el marco de la institucionalidad del mercado capitalista. Los mismos agentes del mercado capitalista que actúan en los intersticios del campo económico (comerciantes, vendedores, agentes de la banca, etc.) deben adaptarse a estas reglas no institucionalizadas, pero que permiten bajo una lógica más humana realizar las transacciones que de otra manera no serían viables.

Las políticas públicas y actores sociales

Una buena comprensión del territorio implica no solo disponer de un conocimiento de la potencialidad económica, de las estrategias productivas y de las posibilidades reales de generar cambios endógenos que mejoren las condiciones de vida de la población local, sino también de conocer cuáles son los actores comprometidos en este proceso y cuál es el nivel de organización que disponen, en definitiva, cuál es el grado de capital político que existe en el territorio.

Pensar que en el territorio existe homogeneidad social es una utopía, puesto que aún si existiera homogeneidad étnica, los procesos de acumulación de capital individual generados tanto interna como externamente (a través de las migraciones, por ejemplo) han consolidado la formación de grupos social y económicamente diferenciados. Entonces, casi siempre se encontrará en el territorio un nivel de diferenciación social que variará de acuerdo a la disponibilidad de diversos capitales por los actores y grupos sociales.

Bourdieu, al analizar la especificidad del campo político, señala que

un campo es un campo de fuerzas, y un campo de luchas para transformar las relaciones de fuerzas. En un campo como el campo político o el campo religioso o cualquier otro campo, las conductas de los agentes son determinantes para su posición en la estructura de relaciones de fuerzas, característica de este campo en un momento determinado (2000, p. 61).

El diseño e implementación de políticas públicas normalmente no considera esta dinámica, sino que responde a enfoques sectoriales o en el mejor de los casos a la búsqueda de consensos o acuerdos para tornar más "gobernable" un territorio y evitar el conflicto social.

Frente a esta situación, las políticas públicas tienen al menos dos opciones: (a) impulsar procesos de "gobernanza" con el objetivo de disminuir los conflictos sociales que necesariamente se presentarán en el campo social rural y (b) optar por una política que claramente beneficie a los grupos más vulnerables del medio rural. Esta última opción es posible implementarla a partir de lo que Moualert y Nussbaumer (2005, p. 97) denominan como "una nueva ontología comunitaria" centrada en la comunidad y no en el mercado, o lo que Gibson-Graham y Roelvink (2009, p. 19) señalan como las "community economies", que implican identificar, describir y visibilizar las prácticas "económicas y organizacionales" que han sido marginalizadas por el discurso de la economía capitalista.³

Es bastante probable que esta visión comunitarista sea la base de planteamientos de políticas públicas que actualmente

³ No tenemos espacio para desarrollar ampliamente en este trabajo estas tesis, pero señalemos de paso que en los dos planteamientos se realiza una crítica de la visión neoclásica en economía, para buscar recuperar las iniciativas que no necesariamente pasan por el mercado.

apelan a la teoría del buen vivir o *sumak kausay*, tal como se conoce en algunos países andinos como el Ecuador⁴. Lamentablemente, estos planteamientos no rebasan un utopismo basado en el supuesto de la vitalidad de relaciones de solidaridad, reciprocidad y distribución entre las comunidades indígenas, cuando una serie de estudios han demostrado que se encuentran en crisis (Martínez, 2004). Como lo señala muy bien Andreu Viola, el planteamiento del *sumak kausay* no permite "ninguna explicación práctica sobre cómo es posible el buen vivir para una familia campesina que dispone de menos de una hectárea de tierra" (Viola, 2011, p. 296).

Lo que se busca resaltar en este trabajo es que la llamada "gobernanza" no puede dejar de lado ni hacerse de la vista gorda respecto a que en el territorio existen actores, grupos y clases sociales que desarrollan estrategias muy diferenciadas que pueden entrar en conflicto más allá de la buena voluntad de quienes diseñan políticas públicas, normalmente cuadros políticos ubicados dentro del espacio social en posiciones más cercanas a quienes ocupan una posición privilegiada y dominante en el mismo. En este sentido, no existe una gobernanza "aséptica", pues ésta dependerá de cuál de las opciones se ha escogido para el diseño de las políticas públicas. La gobernanza, entonces, también debe ser considerada como "una construcción social, resultante de un juego de tensiones y de relaciones de fuerza, inscrito mucho más en la historia que en cualquier ley natural", tal como lo remarca Linck (2006b, p. 36), para referirse a la "buena gobernanza", vinculada a "las modalidades de construcción de la acción colectiva y de control de los recursos comunes".

Algunas conclusiones

Una buena lectura del territorio requiere disponer de un lente social adecuado que permita mirar los procesos sociales en su dinámica, es decir, dentro del campo social en el que se desenvuelven. En este artículo se ha insistido en la necesidad de mirar el territorio como un campo social en el que, además de factores económicos y geográficos que delimitan ese campo, es importante detectar las iniciativas individuales y cooperativas que impulsan los productores, basadas en determinadas relaciones sociales y prácticas culturales que están "enraizadas" y que han permitido construir históricamente una micro sociedad con especificidades que es preciso conocerlas para poder implementar políticas públicas adecuadas.

Llamamos la atención sobre todo para la necesidad de conceptualizar el capital social como una variable más (pero importante) que incide en la construcción social del territorio.

La disponibilidad de redes, la inversión social en esas redes, la presencia de relaciones de solidaridad, reciprocidad y cooperación al interior de ellas, la existencia de vínculos sociales hacia dentro y hacia afuera de las comunidades constituyen en cierta forma "activos sociales" modulares que pueden movilizar los sujetos sociales en un campo social determinado. En el proceso de construcción social del territorio, hay múltiples actores, variadas estrategias y varios tipos de capitales apropiados por los grupos sociales para ejercer dominación política o resistencia y conflicto. El espacio social se "densifica" y se torna complejo, pero al mismo tiempo permite visualizar las estrategias desplegadas por los actores sociales menos favorecidos que desde la perspectiva puramente económica pueden no ser tomadas en cuenta, dada su aparente falta de rentabilidad y su poco aporte al crecimiento.

El aporte de estas estrategias en la construcción social del mercado todavía no ha sido estudiado y requieren saltar desde la reflexión académica hacia la práctica a través del diseño de políticas públicas dentro de una perspectiva diferente, es decir, a partir de las dinámicas locales (*bottom-up*). El mercado se convierte de esta forma en la arena del despliegue de estrategias muy sofisticadas que no solo pasan por la economía sino por otras dimensiones culturales y sociales. Son estas estrategias enraizadas las que permiten finalmente entender de qué se trata el proceso de construcción social del mercado.

Finalmente, la gobernanza entendida también como un proceso de construcción social desde abajo cambia completamente de sentido y en lugar de convertirse en un instrumento de amortiguamiento de los conflictos sociales y de implementación de la economía de mercado permite descubrir y visibilizar las estrategia socio-productivas hasta ahora consideradas como marginales o no rentables, para potencializarlas en una nueva dimensión, donde los actores sociales despliegan estrategias "enraizadas" que apuntan a consolidar procesos no solo individuales sino también colectivos. Esto implica también abrir los espacios para que los actores puedan manifestar y participar activamente en la misma construcción del territorio, facilitar el despliegue activo del "habitus" y no encasillarlo únicamente en la lógica del mercado⁵.

Referencias

- ACOSTA, A. 2010. *El buen vivir en el camino del post-desarrollo: una lectura desde la constitución de Montecristi*. Friedrich Ebert Stiftung, Policy Paper 9, 43 p.
- AZAM, G. 2009. Economía solidaria y reterritorialización de la economía. *Pampa*, 5:69-77.

⁴ En el caso ecuatoriano, hay toda una discusión sobre el contenido del concepto *sumak kausay* o buen vivir que no obstante se ha convertido en el paradigma de las políticas públicas del actual gobierno (Acosta, 2010).

⁵ No hay que olvidar la doble dimensión del actor social, tal como lo plantea Bourdieu (2000, p. 259): "Lo individual, lo subjetivo, es social, colectivo. El habitus es subjetividad socializada, trascendental histórico donde los esquemas de percepción y de apreciación (los sistemas de preferencia, los gustos) son el producto de la historia colectiva e individual".

- BANOS, V.; CANDAU, J. 2006. Recomposition des liens sociaux en milieu rural: de la fréquentation d'espaces à la production de normes collectives. *Espaces et Sociétés*, 127:97-112. <http://dx.doi.org/10.3917/esp.127.0097>
- BOURDIEU, P. 1997. Le champ économique. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 119:48-66. <http://dx.doi.org/10.3406/arss.1997.3229>
- BOURDIEU, P. 2000. *Les structures sociales de l'économie*. Paris, Éditions du Seuil, 289 p.
- BOURDIEU, P. 2001. El capital social: apuntes provisionales. *Zona Abierta*, 94/95:83-87.
- CASSÉ, M.C.; GRANIER, A.M. 2000. Comment penser le rural aujourd'hui? In: P. JOUVE; M.C. (eds.). *Dynamiques agraires et construction sociale du territoire*. Cnearc Montpellier, 171 p. Disponible en: http://www.supagro.fr/documentation/doc_irc/Pu. Acceso el: 04/06/2011.
- DAVEZIES, L. 2008. *La République et ses territoires: la circulation invisible des richesses*. Paris, Seuil, 112 p.
- DESCHENEUX, F.; LAFLAMME, C. 2009. Réseau social et capital social: une distinction conceptuelle nécessaire illustrée à l'aide d'une enquête sur l'insertion professionnelle de jeunes Québécois. Disponible en: <http://sociologies.revues.org/index2902.html>. Acceso el: 03/05/2011.
- ENTRENA DURAN, F. 2009. La desterritorialización de las comunidades locales rurales y su creciente consideración como unidades de desarrollo. *Revista de Desarrollo Rural y Cooperativismo Agrario*, 3. Disponible en: <http://cederul.unizar.es/revista/num03/indice.htm>. Acceso el: 10/06/2011.
- GIBSON-GRAHAM, J.K.; ROELVINK, G. 2009. Social innovation for community economies. In: D. MacCALLUM.; F. MOULAERT.; J. HILLIER.; S. HADDOCK (eds.), *Social innovation and territorial development*, Farnham, Ashgate Publishing, p. 25-37.
- GRANOVETTER, M. 2000. *Le marché autrement*. Paris, Desclée de Brouwer, 239 p.
- HILLIER, J.; MOULAERT, F.; NUSSBAUMER, J. 2004. Trois essais sur le rôle de l'innovation dans le développement territorial. *Géographie Économie Société*, 6:129-152. <http://dx.doi.org/10.3166/ges.6.129-152>
- HIRSCHMAN, A. O. 1988. The principle of conservation and mutation of social energy. In: S. ANNIS; P. HAKIM (eds.), *Direct to the poor: grass-roots development in Latin America*. Boulder, Rienner, p. 7-14.
- LELOUP, F.; MOYART, L.; PECQUEUR, B. 2005. La gouvernance territoriale comme mode de coordination territoriale? *Géographie Économie Société*, 7:321-332. <http://dx.doi.org/10.3166/ges.7.321-331>
- LINCK, T. 2006a. La economía y la política en la apropiación de los territorios. *ALASRU*, 3:251-285.
- LINCK, T. 2006b. Algunas variaciones sobre el tema de la gobernanza. *Pampa*, 2:27-36.
- MARTINEZ VALLE, L. 2004. *Economía política de las comunidades indígenas*. Quito, Abya Yala-ILDIS-FLACSO-OXFAM, 160 p.
- MAZUREK, H. 2006. *Espacio y territorio: instrumentos metodológicos de investigación social*. La Paz, IRD-PIEB, 203 p.
- MOULAERT, F.; NUSSBAUMER, J. 2005. La región social: más allá de la dinámica territorial de la economía del aprendizaje. *Ekonomiaz*, 58:97-127.
- PECQUEUR, B. 2000. *Le développement local*. Paris, Editions La Découverte & Syros, 132 p.
- PECQUEUR, B. 2009. De l'exténuation à la sublimation: la notion de territoire est-elle encore utile? *Géographie Économie Société*, 11:55-62. <http://dx.doi.org/10.3166/ges.11.55-62>
- POLANYI, K. 2004. *La gran transformación*. México, Casa Juan Pablos, 335 p.
- SANTOS, M. 1995. Raison universelle, raison locale: les espaces de la rationalité. *Espaces et Sociétés*, 79:129-135.
- SANTOS, M. 2005. O retorno do território. *OSAL*, 16:251-261.
- SANTOS, M. 2008. *Espaço e método*. 5ª ed., São Paulo, Editora da Universidade de São Paulo, 118 p.
- SCHNEIDER, S.; PEYRÉ TARTARUGA, I.G. 2006. Territorio y enfoque territorial: de las referencias cognitivas a los aportes aplicados al análisis de los procesos sociales rurales. In: M. MANZANAL; G. NIEMAN; M. LATTUADA (orgs.), *Desarrollo rural, organizaciones, instituciones y territorio*. Buenos Aires, Ed. Ciccus, p. 71-102.
- VIOLA, A. 2011. Desarrollo, bienestar e inequidad cultural: del desarrollismo etnocida al Sumak Kausay en los Andes. In: P. PALENZUELA; A. OLIVI (coords.), *Etnicidad y desarrollo en los Andes*. Sevilla, Universidad de Sevilla, p. 255-302.

Submetido: 25/01/2012

Aceito: 10/04/2012